

Iñigo de Peque Leoz gana el I Premio Orfeón Donostiarra-Musikene

El alumno del centro superior de música recibe el galardón por su trabajo fin de estudios sobre la técnica interpretativa del órgano en el siglo XIX

*** R. KORTA

SAN SEBASTIÁN. El joven organista Iñigo de Peque Leoz, alumno del centro superior de música del País Vasco, recoge hoy el I Premio Orfeón Donostiarra-Musikene por su trabajo fin de estudios: 'Técnica interpretativa del órgano en la España del siglo XIX: una aproximación a la tratadística'. El galardón, creado en 2015 entre las dos instituciones tras la firma de un convenio de colaboración en 2014, tiene como finalidad incentivar y alentar la investigación musical en el País Vasco en los alumnos de Musikene. Para optar a dicho reconocimiento, el trabajo realizado por el estudiante debe obtener una calificación igual o superior a 9 y ser propuesto a tal distinción por el tribunal evaluador



Iñigo de Peque Leoz

mediante un informe justificativo.

El trabajo de investigación reconocido en esta primera edición demuestra la existencia de una tradición interpretativa organística surgida en torno al Real Conservatorio de Madrid y constata el importante papel que jugaron en dicha tradición dos músicos navarros, Hilarión Eslava y Buenaventura Iñiguez. En una nota de prensa hecha pública por el Orfeón Donostiarra, se destaca la calidad del material presentado como «una aportación musicológica de gran originalidad e importancia al estudio de la técnica interpretativa del órgano en la España del siglo XIX, tema apenas abordado hasta ahora».

El acto de entrega del galardón tendrá lugar hoy a las 13.00 horas en la sala de órgano de Musikene, en un acto abierto al público que finalizará con la interpretación de una obra por parte del premiado. Iñigo de Peque Leoz, nacido en Bilbao, desempeña la labor de organista en la parroquia de San Antón de su ciudad, y es auxiliar de la Catedral de Santiago, también de la capital vizcaína.

COMPÁS 5/8
MANUEL CABRERA

CUESTIÓN DE HIMNOS (I)



Tal vez usted lo sepa, aunque mucho me temo que la mayoría ciudadana no, que el himno vasco por excelencia el universalmente conocido 'Gernikako arbola', de José María de Iparraguirre, fue compuesto e interpretado por primera vez en Madrid, en el antiguo café de San Luis sito en la calle de La Montera, allá por 1853, acompañándole al piano el maestro Juan María Blas de Altuna, mientras aquel, con su guitarra, improvisaba letra y música que no anotó en un pentagrama hasta bastante tiempo después. Y es que los himnos gozan de una raíz de profundo calado popular. ¿Qué cosas verdad?, el homenaje cantado al legendario roble de Gernika nace como capitalino, arriba al suelo natal vasco y de ahí, desde entonces, recorre el mundo.

Los himnos mueven los sentimientos, tal como lo hizo Franz Joseph Haydn, contando con la letra de August Hienrich Hoffmann von Fallersleben, como autores del himno de la República Federal Alemana, naciendo el texto definitivo en

1991 mediante la correspondencia cruzada entre el canciller federal Kolh y el presidente federal von Weizsäcker.

No cabe duda de que ver a once señores en pantalón corto, enfrentados a otros tantos que tal, corriendo detrás de una pelota es lo que más millones de pasiones y de dinero mueve hoy en día. Sí, ¡el fútbol! Pues bien el cantar la composición 'Txuri-uridin' de la Real Sociedad es del nunca bien homenajeado compositor Ricardo Sabadie, con letra de Felipe Ugarte, estrenada en 1970 por encargo del presidente José Luis Orbeago. Pero no ha de olvidarse que antes el equipo tuvo su primera marcha compuesta por Carmelo Betoré en 1923, y en los años 50 del pasado siglo Antonio Ibarrondo escribió para los muchachos de Atotxa una nueva marcha para ser interpretada por txistularis.

Los himnos han hecho política, han destruido regímenes políticos y han provocado guerras con millones de muertos. Casi nada, aunque también han servido -de cuando en vez- para hermanar pueblos y naciones.